

mi abuel@.y yo mi niet@.y yo

V Certamen Literario. Relatos Premiados



Diputación
de Cádiz

DESARROLLO
Y BIENESTAR SOCIAL

TUGASA
Hoteles y Casas Rurales

Relatos premiados en el
V Certamen Literario
"Mi niet@ y yo"
"Mi abuel@ y yo"



Diputación
de Cádiz

DESARROLLO
Y BIENESTAR SOCIAL

TUGASA
Hoteles y Casas Rurales

INDICE

Presentación de D. Antonio García Ortega
Diputado Delegado Desarrollo y Bienestar Social

MI NIET@ Y YO

Luces y Sombras. Diario desesperado (Primer premio)
Sebastián Álvarez Cabeza 9

Balada Triste de un abuelo (Segundo premio)
Francisco Morales Gómez..... 17

Las lágrimas de unos abuelos (Tercer premio)
José Lozano Pino..... 21

Labores en unos esteros, Campaña 1990–1991 (Cuarto premio)
Francisco Ruíz Ruíz 25

MI ABUEL@ Y YO

Con "H" de hogar (Primer premio)
David Peña Pérez 35

Carta al cielo (Segundo premio)
Ángela Gamboa Rodríguez 41

Un sueño (Tercer premio)
Celia Gamboa Rodríguez 43

Mi abuel@ y yo (Cuarto premio)
Carmen Colomina Molina 47

Foto premiados/as



Foto: Carmen Romero

Fila de arriba: José Lozano Pino, Francisco Ruiz Ruiz, Sebastián Álvarez Cabeza.

Fila de abajo: Carmen Colomina Molina, David Peña Pérez, Ángela Gamboa Rodríguez, Celia Gamboa Rodríguez, Luis E. Ramos Perera, Fco. Morales Gómez.

Presentación
Antonio García Ortega
Diputado Delegado de
Desarrollo y Bienestar Social

Es una gran satisfacción para mí presentar este pequeño libro con los 8 relatos ganadores del V Certamen Literario "Mi Niet@ y Yo" "Mi abuel@ y Yo". Concurso que viene convocando el Área de Desarrollo y Bienestar Social de la Diputación de Cádiz, desde hace seis años.

Las narraciones presentadas nos hablan de recuerdos, emociones, paisajes, añoranzas y momentos –la mayoría de ellos- muy felices.

Quiero resaltar que es muy bonito y reconfortante leer los relatos de los niños y niñas, y observar todo el agradecimiento que expresan hacia sus abuelos y abuelas, y las vivencias tan hermosas que guardan de los momentos pasados juntos.

Como en años anteriores, no ha sido posible premiar a todas las personas mayores y a l@s niñ@s que , con tanta ilusión, han enviado sus relatos a la Diputación. Por ello quiero darles las gracias por su esfuerzo e imaginación y les invito a no dejar de escribir y a presentarse en otras ocasiones.

Gracias, también, a los miembros de jurado, todos ellos empedernidos lectores y escritores, por haber participado –desinteresadamente- en la selección de las obras ganadoras.

Espero les lleguen al corazón los sentimientos tan profundos que aparecen en estos relatos.

MI NIET@ Y YO

Sebastián Álvarez Cabeza

Luces y Sombras. Diario desesperado

Primer premio

Francisco Morales Gómez

Balada Triste de un abuelo

Segundo premio

José Lozano Pino

Las lágrimas de unos abuelos

Tercer premio

Francisco Ruíz Ruíz

Labores en unos esteros, Campaña

Cuarto premio

Sebastián Álvarez Cabeza
LUCES Y SOMBRAS. DIARIO DESESPERADO

Yo misma me sorprendo al verme aquí, sentada y dispuesta a relatar el calvario que estoy viviendo. He decidido iniciar este diario para descargar las sensaciones que siento y las que sentiré.

Hace mucho tiempo, escribía para dar rienda suelta a los sueños y otras inquietudes que conmovían mi siempre anhelante corazón.

Poemas, cuentos o historias imaginadas, me atrevía plasmar para mi propio deleite, aunque a veces despertara la admiración de algún familiar o amigo. Era una necesidad transcribir un estado de ánimo que duraba muchos años. Después, toda mi felicidad la consideré una cosa natural, y fui olvidando aquel desahogo.

Hoy, me encuentro inmersa en una de las situaciones que jamás pude imaginar. Ni agudizando el ingenio al máximo extremo, hubiera llegado a verme en este grado de amargura y desesperación.

Esta noche, mientras la lluvia resbala por la ventana del rincón de la casa que fue siempre mi refugio, he vuelto a tomar papel y lápiz para descargar sobre ellos toda la angustia que me embarga, compartiendo la existencia con la enfermedad que me ha robado el hombre de mi vida. La que solamente le ha dejado un cuerpo mecánico e insensible.

Al principio no me lo creía. Después de tantos años juntos, conocía hasta las más mínimas de las reacciones. No necesitaba decirme nada. Antes, ya le había adivinado el pensamiento. Gustos, preferencias, miedo. Todo lo compartí y lo sentí junto a él.

Por eso me sorprendí cuando comenzó a extraviarse en los paseos, a mirarme fijamente con una expresión ausente, a irritarse sin motivo o a llamarme "mamá" en ocasiones.

El diagnóstico del médico corroboró mis temores. Alzheimer. Esa escueta palabra que representa la nada de un ser humano, después de haber vivido luchando por alcanzar unos sueños o unas metas. Descabalar del cerebro toda la sabiduría acumulada, toda la sensatez, y lo que es peor, todos los sentimientos, dejando únicamente un cuerpo transportado sobre dos piernas por caminos desconocidos.

Después, hace aproximadamente un año, esta es la única hora que puedo permitirme. Él duerme en su espacio sin nombre.

En este tiempo he sido testigo de su alejamiento. Ya no se siente junto a mí. A veces hasta rechaza mi mano como si temiera una agresión. En ocasiones debo seguirlo a distancia para respetar su aislamiento.

Tengo sueño, la tensión del día se acumula a estas horas y logra rendirme, aunque sea por poco tiempo. Temprano debo estar pendiente de nuevo. He sentido cierto alivio al decidir escribir. Espero repetirlo pronto. Me imagino que no podré hacerlo diariamente.

Han pasado dos semanas desde la noche que descargué mi tristeza en este papel.

Durante este tiempo ha ocurrido un hecho prodigioso que me ha devuelto parte de las ilusiones perdidas. Con sorpresa he comprobado cómo se alegran sus ojos y regresa la risa a sus labios, cada vez que llega nuestro nieto. Al principio, hasta lloraba al contemplar aquellas escenas llenas de ternura.

El niño le habla sin parar y él responde a su manera. Quiere llevarlo hasta su casa, a la que sitúa siempre hacia arriba. Todo el tiempo hablando de sus padres, a los que piensa ver cuando lleguen. Teme sus reproches si piensa que se está retrasando.

El nieto, paciente, le sigue la corriente y poco a poco lo va guiando hasta otros caminos más reales. A veces, cuando el frío arrecia, se le ve ajustando la bufanda al cuello del abuelo con una delicadeza que nadie hubiera esperado de una criatura que hasta ahora solo pensaba en jugar al fútbol con los amigos o pasear continuamente en bicicleta.

Las manos fuertemente apretadas en los pasos de peatones o recorriendo los paseos con vistas al mar, indican un celo sin fisuras. Nadie extraño pensaría que es el niño el que dirige y alerta al anciano. ¡Cómo sabe la naturaleza adaptarnos a las circunstancias! Estoy segura de que mi nieto no hubiera desarrollado tanto instinto protector de no necesitarlo el abuelo.

Espero no tardar tanto tiempo en volver a escribir. Me voy a dormir.

No recuerdo cuando fue mi última aparición en este mal llamado "diario". Todo ha seguido desarrollándose de una forma rutinaria, aunque la decadencia de mi anciano esposo se ha agudizado.

Hoy necesito desahogar la angustia que hemos vivido toda la familia. Esta mañana, cuando me di cuenta, había desaparecido. Desde hace tiempo se viene mostrando muy sosegado, como si viviera solamente para esperar la visita del nieto. Algo en su inerte cerebro le mantiene atado a la figura del pequeño, y permanece confiado hasta su llegada.

Debió confundir la hora, y echándolo de menos, inició por su cuenta salir a su encuentro. Me desesperé al no conseguir divisar su figura por los alrededores de la casa. No podía haber llegado muy lejos. Llamé a mis hijos y nos dividimos para localizarlo. Recorrimos el mismo camino que hacía diariamente acompañado del chiquillo, pero sin resultado. Cuando éste llegó, nos miró reprochándonos el descuido y partió corriendo gritando de una forma desgarradora:

- ¡Abuelo! ¡Abuelo!

Pronto desapareció de nuestra vista. Uno de los hijos se había quedado en la casa mientras los otros nos distribuimos en la búsqueda. Pasadas las tres de la tarde nos llamó comunicando que había aparecido. Una patrulla de la policía local lo devolvió a la casa informando que lo habían visto corriendo detrás de un furgón de reparto que mostraba la figura de un niño como reclamo publicitario. La actitud del chico, sonriente y llamando a un cliente imaginario, absorbió la atención del abuelo, que lo

siguió deseoso de tocarlo. Todos pensamos que vería en el spot al nieto que echaba de menos. Segura estoy que acertamos.

En la carrera se había despojado de la chaqueta, y la camisa abierta demostraba el aire que buscaba para continuar. Los zapatos sin cordones, y un hilo de saliva le resbalaba la barbilla. El cansancio le extenuaba, pero sus ojos continuaban buscando algo. Y ese algo apareció en la puerta, jadeante y desesperado también. Ambos, abuelo y nieto se lanzaron a estrecharse con las pocas fuerzas que le quedaban, y todos no miramos sorprendidos al escuchar de labios del anciano el nombre del chiquillo:

-¡¡Juanito!!!

Gritó fuerte y claro el verdadero nombre.

Ahora, en el silencio de la noche, cuando todos duermen, y él descansa después del ajetreo, he querido plasmar las vivencias de este día tan emotivo. Deseo que no se pierda en el olvido la escena tan desgarradota y tierna a la vez, que he vivido. Me acostaré, aunque estoy segura que no lograré dormir.

Han transcurrido meses y seguimos con triste naturalidad el camino descendente del abuelo. Uno a uno se suceden episodios que sacuden su vitalidad. Varias han sido las ocasiones que tuvimos que ingresarlo en la residencia sanitaria. Pequeños infartos sacuden su cerebro, y el corazón, al parecer libre de sentimientos, late sin ganas. Solamente se anima cuando ve llegar al nieto.

El niño se ha erigido en su única referencia. Solamente junto a él se siente sereno y sumiso. Busca continuamente su mano, solamente asido a ella aparenta seguridad. Es a él al único que dirige algunas palabras, aunque sean incoherentes. El pequeño parece comprenderlo, y juntos viven en un mundo diferente.

Ayer, harto de tanta tensión se me agarró al cuello llorando al ver que el abuelo se dirigía una y otra vez al espejo que reflejaba su figura. Hablaba consigo mismo sin conocerse. ¿Puede haber mayor extravío?

El chiquillo bajó por un momento a su condición y preguntaba gritando una y otra vez: ¡¿Por qué, por qué, abuela?!

Hice todo lo posible por dar respuesta su confusión, pero al final me derrumbé ante tanto desgarró. Juntos permanecemos abrazados mientras las sombras se iban acercando a la ventana. En eso se ha convertido nuestras vidas, en una sombra que en ocasiones oculta esta tragedia.

Hasta hace poco ha sido capaz de comer por sí mismo, pero paulatinamente ha ido perdiendo la posibilidad de manejar los utensilios, incluso parece desconocer los alimentos. Eso me obliga a dárselos como si fuera un bebe. Esta nueva cercanía ha acrecentado el desprecio que se instaló en su cerebro hacia mí desde el comienzo de la enfermedad, rechazando todo intento de hacerle tragar el más mínimo bocado.

Y de nuevo la figura del nieto ha conseguido remediar este nuevo quebranto. Sólo acepta la comida que le acerca el niño. Éste acompaña cada cucharada con alguna frase de aliento, a la que claudica con total sumisión, incluso dedicándole alguna que otra sonrisa.

Desde el shock y el esfuerzo de aquel día que corrió tras el furgón de reparto, arrastra un cansancio más acentuado. El chiquillo pasa ya más tiempo con él en la casa, y no para de buscar argumentos que despierten algún interés.

De vez en cuando ocurren escenas que nos dejan atónitos. Es imposible saber qué residuos de luces quedan en su cerebro.

Cuando pasean, tiende siempre a dirigirse hacia el puerto, que fuera su destino durante tantos años como capitán de los buques que hacen la travesía a las Islas Canarias. Cruza por la Plaza San Antonio en busca de la Plaza España. Debemos estar atentos porque atraviesa la carretera, sin mirar, hasta la entrada. En una ocasión, solamente en una, se fue directo al que capitaneó. Uno de los antiguos compañeros, sabedor ya de su enfermedad, avisó a los otros y le esperaron formados como era preceptivo en aquellos tiempos. Él pasó delante de ellos, todo lo altivo que pudo, con la mirada ausente, pero con dos lágrimas

corriendo por las mejillas. Mi nieto y yo comprendimos que algo se había agitado en su interior.

Igual le pasa cuando paseando por el Parque Genovés nos acercamos a la balastrada que da vista a la bahía. Una tensión extraordinaria desprende todo su cuerpo. Algo le provoca un miedo increíble. Entonces, busca refugio solamente en las manos del nieto.

Estas vacaciones, ha pedido el pequeño a sus padres trasladarse a vivir a esta casa. Parece que presiente algún paso más hacia el fin de esta pesadilla. Se ha traído todos los juegos, la bici y la guitarra. El abuelo fue un virtuoso de este instrumento en su juventud, que fue olvidando al comenzar la vida familiar y profesional.

Una tarde, cuando Juanito se esforzaba por arrancar unas notas impuestas en la clase, sorprendentemente, el abuelo tomó el instrumento y nos deleitó con el concierto más surrealista que se pueda imaginar. Primero, aclaró las dudas del chiquillo mostrando el acorde perfecto, y luego continuó mecánicamente arrancando una melodía desconocida, pero llena de ritmos y cadencias. Pareció como si aquella fuera la única forma que quedara en su cerebro para expresarse. Llegado un momento, dejó caer la guitarra como si despreciara su contacto.

Intentó el niño atraerlo con la música, pero nunca más atendió al sonido.

Así, entre anécdotas y sorpresas van caminando los días. Ya no sabemos si existe otro mundo que no sea el de este escenario en el que estamos instalados viviendo el drama más trágico y desgarrado que puede inventarse.

Las lágrimas han fluido esta noche a mis ojos como presintiendo nuevas emociones. Niño y abuelo duermen entre luces y sombras. Intentaré descansar.

La tristeza me ha traído a este diario, cuando lloro la muerte de mi esposo. Hoy hace una semana que le dimos sepultura. Un problema respiratorio se instaló en su cuerpo ya entregado, y lo recluyó en la cama hasta su final.

Durante este tiempo, solamente el nieto alegró sus ojos. Únicamente obedecía al chiquillo a la hora de tomar algún alimento o medicina. Horas pasaban juntos cogidos de la mano soñando con los caminos que quedaban atrás.

En su afán por entretenerle, encontró el pequeño algo que pareció llamar la atención al abuelo. Fueron las fotografías. A menudo abría la vieja caja que contenía recuerdos de toda la familia. Momentos vividos que quedaron plasmados para siempre y que nos provocan miles de recuerdos.

Fue una mañana de domingo. El niño le enseñaba una a una las fotos para que posara sobre ellas su inexpresiva mirada. Las ojeaba y las apartaba con un gesto mecánico y cada vez más cansino. En un momento surgió una donde abuelo y nieto posaban juntos con bufandas amarillas. Algo le agitó el pecho. Trató de acercarse el retrato a los labios, y suavementeladeó la cabeza dejando de respirar.

No sé cuánto tiempo estuvimos observando en silencio la imagen del niño acariciando la cara del abuelo, mientras continuaba mostrándole las fotografías como testimonio de lo que fue su existencia.

La serenidad que mostró el pequeño ante el desenlace, fue una muestra más de la incógnita que alberga el interior de estas criaturas.

Ahora, en mi soledad, solamente me anima el pensar que contaré con una mano que me ayudará a recorrer la última etapa de mi vida.

Será la de mi nieto.

Buenas noches.

Francisco Morales Gómez
¿BALADA TRISTE? DE UN ABUELO

Era una mañana de un tórrido verano, a la sombra fresca de una vieja parra, en receso o “cigarro” como vulgarmente le llamaba el capataz, del duro trabajo de jornalero, sentado y apoyado sobre la pared de un cobertizo o caserón, que albergaba los aperos de labranza, y mientras daba cuenta de un trozo de pan y una sardina arenque, remojados con agua de cántaro, oteaba el horizonte inmenso, salpicado de espejismos solares, sobre el manto verde del mar de vides, mecidos de forma violenta, por el fuerte viento de levante, sin saber como ni porqué, me encontraba inmerso en un repaso a modo de reflexión o retrospectiva de mi vida, y mi mente primaria, sencilla y tosca, que siempre se afanaba en el día a día, moldeada por las duras condiciones de vida, inseparables compañeras del jornalero, se dejaba llevar plácidamente, tal vez contagiada por el entorno, machacado con persistencia por Eolo, y me mostraba a modo de secuencias fotográficas, semblanzas de mi vida, en blanco y negro. Mi corazón palpitaba excitado, y mis sentimientos afloraron en cascada, y la angustia, la ansiedad, la rabia, el miedo, la congoja, el desanimo, la esperanza, los deseos, las expectativas, el presente, el futuro, y el pasado, acompañaban cada visión, en una conjugación múltiple y ordenada. El sudor no climatológico, envolvía mi cuerpo, como un frío sudario en un contraste inexplicable. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, y las escenas comenzaron a brotar.

Vi a un niño de una generación convulsa, que crecía entre penalidades y carencias de todo tipo, que pasaba calamidades, que tenía hambre y no sólo por no poder apenas comer. Hambre de aprender, por no poder ir a la escuela, hambre de libertad, por el convulso entorno político, hambre de poder forjarse una esperanza en el futuro, que cada día se desvanecía más y más, hambre de ser respetado. Hambre de tantas cosas...

Vi a un niño que se hizo joven, que empezó a trabajar de ayudante, “chicuco” lo llamaban, de un montañés que tenía un

almacén de comestibles, donde comió por primera vez una onza de chocolate, y escuchó las voces de Alberto Oliveras, Pedro Palo Ayuso, Vicente Marcos, etc. en la cadena Ser.

Vi a un hombre con uniforme de soldado, obligado a combatir en una guerra sin sentido, que dejó aún más miseria, y más esperanzas frustradas.

Vi a un hombre que une sus sueños con una mujer, y que trabaja de lo que puede, o sea campo, bodega y paro, (sin subsidio), que tiene por hogar una habitación, una cocina y baño compartidos con otros vecinos, y que sobrevive de lo que si abundaba, esta es la solidaridad de su familia.

Ví a un nuevo miembro de la familia, que me obliga a ser más fuerte aún ante la adversidad, y al que di hasta la última gota de mi sudor y sangre, para mantenerle en el colegio, hasta que lograra sus objetivos académicos. Vi como el orgullo y la felicidad, me invaden, al recordar esta firme determinación y propósito logrado.

Ví a este hijo, ya casado, en una España, que se abría camino, y que comenzaba a disipar los negros nubarrones que, casi siempre le venían acompañando.

Vi venir a este hijo, corriendo hacía mi, gritando de alegría y felicidad, y abrazándome decir al viento: "Enhorabuena abuelo". Sentí que mi mente agotó su relato y que esta última secuencia, era el presente real, la finalización de un trailer en blanco y negro, con más sombras que luces, y que el horizonte, bajo la dura calima del verano, se exhibía un mundo pleno de expectativas, y a mí se me destinaba un nuevo rol, el de ABUELO.

El destino, juez caprichoso de nuestras vidas, determinó que poco tiempo después, mi nieto, en unión de sus padres, tuviese que afincarse en el levante español, donde tras un incierto pulular en esta zona, encontró por fin donde ejercer su profesión.

Así pues mi visita allí son frecuentes, pues ya son tres los nietos que actualmente tengo, y en cada permanencia con ellos, los sentimientos de amor y cariño, que nos transmiten, invaden el corazón de este yayo, que ve como su singladura en la vida, va

cumpliendo las etapas, con normalidad, por lo que puedo decir en voz alta, que soy muy afortunado.

En las etapas de ausencia, el teléfono supone una gran terapia para sobrellevarlas, y cada vez que por el auricular oigo sus voces, mi corazón palpita de gozo.

En verano, pasamos las vacaciones en un pueblecito de la sierra gaditana, y ese periodo supone una inyección de vida y de grandes vivencias, de cosas sencillas, donde la naturaleza es una importante protagonista, y donde aprenden a ser respetuosos con ella, y con los animales que la habitan, para que ese gran legado, tan amenazado actualmente, pueda ser disfrutado por las generaciones venideras.

Les hablo también del respeto a los mayores, del amor a nuestra gran nación, como elemento aglutinador de una gran diversidad de pueblos, del amor a los que vertebran nuestra convivencia, de la libertad que disfrutamos, y que tanto costó ganar, de que la nuestra termina donde comienza la del prójimo, y que no debemos conculcarla bajo ningún concepto, pues sólo así, será plenamente viable el futuro.

Les hablo de mi infancia, donde las carencias eran grandes, pero donde si aprendimos algunos valores que forjaron nuestra personalidad, y que desafortunadamente hoy se han difuminado.

Les digo que esta sociedad actual, presenta grandes signos de degradación, donde el poder, el dinero, el ego, las drogas, el consumismo, se han convertido en ídolos a los que venerar.

Les digo que ellos son los llamados a reconducir estos malos hábitos, y que todos deberán contribuir con el máximo esfuerzo. También les digo que no todos tienen que ser ingenieros, arquitectos, etc., que la formación profesional, también es necesaria para tal fin.

Les digo que compartir con los te necesitan, es aparte de ser muy reconfortante, una obligación moral, máxime en estos tiempos, donde la solidaridad llama constantemente a nuestras conciencias.

Les hablo de que deben jugar y divertirse, y que no siempre se gana, que hay que felicitar al contrario cuando esto ocurre.

Les digo que deben aprovechar cada minuto de sus vidas, que el tiempo es efímero, que acepten los buenos consejos de sus padres, abuelos y de todo aquel bienintencionado que se los de.

Les recito alguna poesía, de mi niñez, y siempre me piden que les repita la canción del pirata... "Con diez cañones por banda, viento en popa a toda vela, no corta el mar sino vuela un velero bergantín. Bajel pirata, al que llaman por su bravura el temido, en todo el mar conocido del uno al otro confín"; y aquella otra que decía... "Admirose un portugués, al ver que desde su más tierna infancia, todos los niños en Francia, supieran hablar el francés; Arte diabólico es, dijo retorciendo el mostacho, pues para hablar el gabacho, un Fidalgo en Portugal, llega a viejo y lo habla mal, y aquí lo parla un muchacho" Ellos tratan de emularme, pero su retentiva, aún no les permite lograrlo.

Y así, este abuelo va llenando sus días, unas veces con la presencia de mis queridos nietos, y otras con sus recuerdos, que llenan estos vacíos prolongados.

He querido expresar en estas páginas, vivencias reales, más allá de anhelos literarios o novelescos, y debo confesar, que en la singladura de su redacción, me he sentido muy reconfortado, tanto al poderlas escribir como transmitir las a otras personas. Mi gran premio ha sido éste, desde mi humilde modestia y les ruego perdonen mi atrevimiento, al someter a consideración estas cuestiones tan personales, que confío a algunos les resulte familiar, o al menos curiosas, con la "excusa" de un certamen literario, que esa Excma. Diputación convoca.

Gracias a todos, por todo.

José Lozano Pino
LAS LÁGRIMAS DE UNOS ABUELOS

En Calatalla de la Sierra, un pueblo más bien pequeño, todos sus moradores viven del campo. A la salida del pueblo hacia el pantano vive un matrimonio compuesto por Romualdo y Serafina. Tienen una finca no muy grande, pero siembran de todo un poco, también tenían una serie de animales. En la parte baja de la finca tienen un manantial que abastece de agua a una buena parte de la tierra que tenía asignado para sembrados. Parecían unos esclavos de la tierra, ya que empezaban a trabajar de día y les anochecía en la misma.

Después de unos años de matrimonio tuvieron un hijo al que pusieron de nombre Pedro, igual que su abuelo materno. El niño creció viendo a sus padres trabajar en las múltiples tareas que daba el campo.

Cuando tuvo edad de comenzar el periplo escolar, se incorporó al colegio y no lo abandonó hasta los catorce años, época en la que se dedicó de lleno a colaborar en las tareas del campo. Estuvo compaginando los estudios con el trabajo, aunque a veces se animaba el solo pensando que todo sería para él en el futuro.

Cuando tuvo edad para echarse novia, chica, cogió por costumbre los días de fiesta y algún que otro domingo, el salir con un potro que estaba domando y subir hasta el pueblo dando un paseo. Las niñas cuando lo veían pasar, se emocionaban, ya que era más bien parecido, y pensaban que era uno de los ricos del pueblo.

Pronto se fijó en Candelaria, una chica muy guapa, de clase humilde, con unos ojos azules preciosos. Cuando llevaban cinco meses de noviazgo, hizo el acto de presentación con sus padres, a los que de agradó de buena manera.

Su padre, tenía una buena relación con un militar de alta graduación, y cuando Pedro tuvo edad para ser militar, se fue de forma voluntaria a la ciudad más cercana donde prestaba sus servicios el amigo militar.

Pasó la mayor parte del servicio militar en su casa, aunque fuera trabajando. Candelaria también colaboraba en algunas labores, aunque se encontraban todos muy bien, porque como dice el refrán “El trabajo es salud”.

Una noche tuvieron una charla en común, acordaron la construcción de una vivienda junto al manantial en la que los dos jóvenes podrían hacer su vida, en lo que todos estuvieron de acuerdo, ya que el sitio era hermoso.

La obra duró en torno a los catorce meses, y al acabar quedó una casa hermosa, a unos cincuenta metros de la otra vivienda.

Como la carretera pasaba cerca, a Candelaria se le ocurrió la idea de montar un puesto allí mismo para vender las verduras de su huerta, los mismos que vendían en la plaza de abastos del pueblo, a todos les pareció bien, excepto a Pedro, que era un poquito celoso.

Fue un éxito. Todas las mañanas, Romualdo llegaba con un carro cargado de verduras, legumbres, etc. Y a mediodía estaba todo vendido.

Los jóvenes acordaron de unirse en matrimonio en el mes de septiembre del próximo verano y comenzaron a amueblar la casa. Llegada la fecha, se casaron y tuvieron unos días de vacaciones, pero inmediatamente a seguir trabajando. Al poco tiempo ella se quedó embarazada, aunque seguía trabajando en el puesto y sacando un buen dinero del mismo.

Cuando comenzaron las molestias del embarazo, ella tuvo que abandonar el trabajo y en su lugar colocaron a su prima Emilia, a la que tenían que abonar un sueldo con lo que las ganancias comenzaron a menguar.

Candelaria se encontraba cada día más hermosa, lo que provocaba más celos de Pedro. Después de un parto sin muchos problemas, el matrimonio tuvo un hijo al que pusieron Romualdo, como su abuelo. El niño se crió en las mismas condiciones que su padre, trabajando y estudiando sin parar. En cuanto pudo, Candelaria volvió al trabajo, ya que con su prima las ventas habían descendido.

Desde casi cualquier parte donde Pedro trabajaba podía observar el puesto donde trabajaba su mujer, y cada vez que observaba algún parado no podía evitar un ataque de celos. Un día discutió con su mujer a cuenta de ese tema, ella se lo comentó a su suegra, con la que se llevaba muy bien. La mujer habló con su hijo a solas y le armó una buena bronca, y desde entonces se puede decir que fueron más felices que nunca.

Cuando llegó la época de las emigraciones a Alemania y otros países, Pedro lo estuvo hablando con un matrimonio amigo para viajar a otro país en busca de una nueva vida, sin pensar en la falta que les hacía a sus padres. Llegado el momento tomaron la determinación de tomar el camino de partir hacia Alemania, dejando a su hijo con los abuelos, a los que tenía mucho cariño ya que pasaba mucho tiempo con ellos.

Para los abuelos fue un duro golpe, pero lo compensaban con la compañía de su nieto, que era muy bueno y estudioso, y que cada día se hacía más grande.

Sus padres volvían en verano, a pasar las vacaciones, pero el mes se pasaba volando y de poco servía a los abuelos, que no paraban de trabajar en el campo. Al segundo año de volver compraron una vivienda en el centro del pueblo, muestra de lo bien que iban las cosas en el extranjero.

El niño cada vez hacía menos caso a sus padres, tiraba cada vez más para el lado de los abuelos, que en realidad eran los que le estaban criando. Cuando tuvo quince años pensó en abandonar los estudios, a pesar de las buenas notas obtenidas. Sus abuelos querían lo mejor para él, pero le tiraba mucho el campo, del que había aprendido casi todo de sus abuelos.

Cuando obtuvo el carné de conducir, sus abuelos le compraron un coche, un SEAT Seiscientos, era pequeño pero a él le venía muy bien para sus desplazamientos.

Sus padres continuaban volviendo en verano, y ya era habitual que cada cierto tiempo hiciesen alguna adquisición. El último año se hicieron con el terreno colindante al de sus padres, y a decir verdad, al abuelo le agradaba como se manejaba su hijo

económicamente y el ver que estaba cada vez más enamorado de Candelaria.

Romualdo seguía el mismo camino que su padre, había estudiado y trabajado al mismo tiempo, había realizado el servicio militar en las mismas condiciones que su padre, y aunque eso no le desagradaba, no le veía gran futuro a su vida.

Un día estaban almorzando, cuando vieron acercarse un gran coche por la carretera, y se sorprendieron al ver que pasaba junto al puesto de las verduras y giraba para adentrarse por el carril en dirección a la casa. Pero su sorpresa fue mayor al ver de aquel Mercedes de gran cilindrada se bajaban Pedro y Candelaria. Después de muchos besos y abrazos, estuvieron admirando el coche.

Romualdo aprovechó las vacaciones de sus padres para utilizar el coche y dar paseos con el coche, y las niñas al verlo pasar se quedaban anonadadas con el coche y también con el conductor.

Al llegar el final del mes de agosto, Pedro y Candelaria comenzaron a preparar las maletas para el retorno. Lo que no sabían es que en la casa se estaban preparando otra maleta a escondidas. Cuando llegó el momento de anunciar la despedida en la cena, llamaron a Romualdo, pero el no bajaba.

Su abuela se acercó a su habitación, y cuando por fin salió de la misma, el les confesó entre un mar de lagrimas, que su intención era la de marcharse con sus padres, y que no intentarían convencerle de lo contrario. Sus abuelos utilizaron el argumento de que todo lo iba heredar, pero no sirvió de mucho.

Aquella noche no pudieron pegar ojo, y de madrugada estaban sentados en la puerta cuando vieron partir a sus hijos y a su queridísimo nieto en el coche.

Cuando se quedaron solos, Romualdo y Serafina lloraron hasta no poder más

Y todo por culpa de un Mercedes.

Francisco Ruiz Ruiz
LABORES EN UNOS ESTEROS, CAMPAÑA 1990-91

Querido nieto:

En los primeros días del mes de mayo de 2013, tu padre e hijo mío me comenta que la Excma. Diputación de Cádiz convoca un Certamen Literario titulado "Mi nieto y yo" y me pide que participe con algo.

En principio me quedé "en blanco", pues nunca he tomado parte en algo así, pero, dándole vueltas a la cosa se me ocurre que te podía contar "una batallita" de las que te endoso en ocasiones y que tú tienes la paciencia de escuchar.

Primero quisiera decir, para ponerte en antecedentes del relato, memoria, cuento o no sé como llamarlo, que te voy a poner por escrito lo siguiente:

Yo, tu abuelo, tengo 75 años y soy un cañailla salinero de nacimiento, Funcionario del Estado, jubilado, adscrito a la Armada Española.

Mi padre y bisabuelo tuyo, fue Capataz de dos salinas, Una, en la que nací, llamada San Agustín y la otra, mas grande y productiva situada en el Río Arillo. Su denominación laboral era Técnico Salinero y en verdad que lo fue por los muchos conocimientos que atesoraba.

De mis vivencias salineras tendría para contarte o escribirte infinidad de relatos y recuerdos, sobre todos los temas relacionados con una salina, pero hoy te quiero hablar y contar mis experiencias sobre el título de este trabajo y que viví hace ya 28 años por enfermedad de tu bisabuelo, al que no conociste y espero, que cuando hayan pasado otros tantos, tú recuerdes con cariño a este que te escribe.

Nací, como ya te he dicho, en 1938, en una salina llamada San Agustín, que estaba situada, y está todavía completamente abandonada, a la izquierda de la Autovía Cádiz-San Fernando, y con seis años nos trasladamos, por razones laborales de mi padre y bisabuelo tuyo, a otra salina, mucho más grande, llamada San Félix, sita en el Río Arillo. Este río cursa desde la Bahía de Cádiz

por el Norte hasta cerca de Camposoto por el Sur, y surte de agua a ésta y otras varias salinas, cada una con su nombre, todas abandonadas a día de hoy y que con sus casas encaladas y sus pirámides o montones de sal en verano, daban ese color y olor especial a sal que teníamos en todo el entorno de la Bahía, desde Cádiz hasta Chiclana y el Puerto de Santa María.

Perdona, pero lo recuerdos se me agolpan y apabullan y me pierdo sobre lo que te iba a contar y en lo que me centro a continuación:

Toda salina tiene un estero que la surte de agua de la Bahía y que, después de recorrer un sinuoso y largo camino para ir cogiendo densidad, (entra con 2 o 3 grados de salinidad y llega a los cristalizadores con 25º), pasando por las "vueltas de retenida", "lucio", "vueltas de periquillos", y grandes extensiones planas que llamábamos "pantalanes", llegaba a las "naves" con sus "tajos" o cristalizadores para convertirse en sal y aprovechando este lugar (el estero), para criar el famoso "pescado de estero" que permanecía encerrado todo un año y había que cuidar. Ahí entro yo, en un período comprendido entre finales de 1990 y finales de 1991, por enfermedad de tu bisabuelo, como antes te he dicho; y te cuento:

En Noviembre de 1990, una vez efectuada las ultimas labores de desagüe y despesques de los esteros se comienza la preparación para el año 1991.

Lo primero que se hace es, a los pocos días del último despesque y una vez que ha entrado y salido agua de los esteros (la salina San Félix tiene 3, dos cerca de la playa de Torregorda a Camposoto, comunicaos entre sí por un "cargadero", y otro cerca del molino llamado del Río Arillo y casa salinera, y que también se comunica con los anteriores por otro cargadero llamado "Del Moro" (ignoro el porqué de esta denominación), se cierran las compuertas de los mismos y los portalones que tenía el Molino, por debajo del cual entra el río y llegan hasta las dunas de la playa de Torregorda a Camposoto, a la altura de la llamada "Casa de Marcelo". Esto se hace para que el río interior se llene por las compuertas molineras que también tenía y se abrían por la fuerza

del agua que viene de la Bahía con la subida de las mareas y se cerraban (basculaban) solas cuando bajada, quedando el río interior lleno.

Cuando el río interior está lleno, se procede a abrir las compuertas de los esteros (que quedaron vacíos en el despesque último) con lo que se llama un "taponazo hacia dentro" y sirve para que las fuerzas de las aguas limpien el fango o lodo del "hoyo" de los mismos. Es como una catarata o desagüe de un pantano, por el desnivel existente. Las compuertas, debido a la presión del agua había que abrirlas con una palanca.

También se procedía a abrir totalmente el portalón del llamado "Largadero del Moro", que conecta los dos esteros de arriba con el de la casa y está cerca del Polígono de Tiro de Torregorda. Igualmente se quitaba "la trampa" con su marco correspondiente, (estos fueron colocados para el desagüe), con el fin de que las aguas puedan circular libremente entre los estero de arriba y el de la casa. Una vez que las compuertas "se empardelan", es decir, el agua de los esteros se pone a nivel con el Río, se cierran, compuertas y largadero, dejando los esteros llenos.

En el mes de diciembre de 1990 aprovechando una ocasión en la que el río interior está vacío, por haberse abierto los portalones que tenía el Molino por la parte de dentro (no se ven desde la carretera) y que se hacía a mano, por medio de aparejos, poleas o pastecas, se precede a dar un "taponazo hacia fuera" de los esteros y sirve para que la fuerza del agua limpie los canales que van desde las compuertas al río. También se abre totalmente, el largadero de comunicación de los dos esteros de arriba para que corran las aguas libremente entre los dos.

En Enero de 1991 cierro las compuertas, con los esteros de arriba vacíos. El de la casa se deja con agua, como barrera para evitar el paso de personas desde la carretera a la salina.

También en enero, aprovechado un "aguaje" de 81º, di otro "taponazo hacia dentro" en el estero de arriba, dejándolo abierto. También abrí las dos compuertas del de la casa para

llenarlo bien. Todo ello después de haberse cerrado los portalones del Molino para que el río interior coja agua y quede lleno.

En Febrero abrí todas las compuertas para que fuera entrando pescado desde el río a los esteros, dejándolas abiertas, y a mediado de Marzo, aprovechando un "aguaje" de 101º y que el río y los esteros están llenos cierro todas las compuertas. Esto es lo se llama "EL CIERRE DE LOS ESTEROS".

Días después se miran las compuertas a la hora de la pleamar para comprobar que se ha encerrado pescado. El pescado, una vez cerrados los esteros, caso de que haya, busca de nuevo la salida y se acumula en las compuertas y cargaderos que dan al río, viendo efectivamente se había encerrado pescado.

Este mismo día tomo marea en el estero de la casa para que la corriente de agua atraiga, por "El Moro", pescado del estero de arriba hacia él. El pescado siempre nada contra corriente. También cierro el largadero de división de los dos esteros de arriba.

Sobre mediados de Marzo tomé marea en el primer estero de arriba y al mismo tiempo abrí el largadero de división de los dos esteros. La corriente de agua hace que el pescado pase del estero de arriba al primero. Antes de terminar de tomar marea, se cierra el largadero, habiendo pasado casi todo el pescado. Para pasar el resto habrá que poner ya "la trampa" en este largadero, cuando se abra, para evitar que el pescado que ya pasó vuelva al de arriba.

"La trampa" es un artilugio artesanal, como una especie de pirámide truncada, hecha de madera y tela metálica de plástico que se coloca en el largadero, con el cono truncado hacia dentro y permite pasar o entrar al pescado, pero no salir, por cuanto siempre navegan pegados a las orillas del canal, donde está el largadero y contra corriente.

Las mareas siempre se toman con "Los Marcos" puestos en las compuertas y que son como "la trampa", pero de red y mucho más grandes y largos, para evitar el escape o salida del pescado de los esteros al río.

A finales de Marzo cierro "El Moro" y abro los chiquero de arriba y de la casa, dejando salir a los esteros el pescado que en el despesque se había echado en ellos y compruebo que las compuertas no pierden agua de los esteros hacia el río. Caso de que pierdan hay que "amurarlas" con limo, tanto éstas como los cargaderos que dan al río, para que los esteros no pierdan agua.

En los siguientes meses las labores se limitan a la toma de mareas en los aguajes que lo permitan, para mantener los esteros llenos.

En el mes de Agosto, dando una vuelta por los esteros de arriba, observo que el agua tenía mal color. Tu bisabuelo dijo que imalo!, que el agua era de la última marea en la que no funcionaba la depuradora que tenían los militares en La Ardila y cuyo desagüe estaba debajo del puente del Río Arillo y que esa marea había metido veneno al río interior y a los esteros.

Sobre el 7-8-91, a las 8 de la mañana fui para ver si la marea de la noche había llegado y pudiese meter agua. Esa noche también murió mas pescado y aproveché la mañana para ir por la salina y taponar todas las pérdidas de agua de los cargaderos de los lucios, retenida y del "Moro".

Dado que en el estero último había pescado, puse "la trampa" entre los dos para tratar de pasar ese pescado al primero. El agua con mal color, que empezó a salir, lo echó atrás y por la tarde estaba en "la rienda" del recodo pero sin acercarse, por lo que dejé la trampa un par de días. La trampa se atascó de limo pero el pescado no se veía en la rienda, no estando seguro de si había pasado. Quité la trampa, cerrando el largadero y abriendo un pequeño chorrillo en el que da al río. Tomo mareas cada vez que puedo, cerrando por último las compuertas por no caber más agua en los esteros.

Se está observando que el agua del río está cogiendo mal color (color a mierda). Se achacaba a la depuradora, pero un camaronero comunico a tu bisabuelo que al final del río, frente a la "Casa de Marcelo", sale una zanja que han hecho y viene, al parecer, desde el Campamento de Camposoto y pudiera estar metiendo aguas fecales al río. Lo que explicaría el mal color.

A finales de Septiembre, el río continua teniendo un color muy feo (cada vez mas). El estero de arriba no tiene pescado, tal vez por el estado de las aguas.

Ese día fui hasta "La Casa de Marcelo" y vi la zanja. Llovía a mares y solo pude observar que venía de la zona de Camposoto. Cogí una botella de agua de la boca de la zanja y la di a un compañero, Ingeniero Químico, que se ofreció a analizarla. También fui por la carretera de Camposoto para ver de dónde partía la zanja y pude comprobar que es una continuación de la pieza o canal que separa la carretera de la playa de Camposoto y ahora la han continuado por el lado del estero de la Dehesa de la Salina de "Los Tres Amigos" hasta el Río Arillo.

El agua de dicha pieza tenía el mismo color de la del Río Arillo, deduciendo que, dado que ahora el citado Río Arillo está conectado por la zanja, con Gallineras por un lado y con la Bahía por el puente del Molino por el otro, las aguas malas de Gallineras pueden venir hasta Río Arillo, lo que quizás explique el color.

En Octubre me comunica mi compañero, el Ingeniero Químico, que el agua analizada no tiene materias fecales, aunque si colonias de algas, pero que no está mala, aunque tampoco es agua de mar pura, o sea que tiene algo de contaminación, propio del estado actual de los caños y bahía.

A mediados de mes quito la tabla del largadero del chiquero, dejándolo abierto para que el pescado que contiene vaya saliendo hacia el estero, con vista de su próximo cierre cuando se vaya a despescar.

En el mes de Octubre la propiedad de la salina me comunica que ya se puede despescar cuando quiera, por lo que se abrió la compuerta del segundo estero de arriba.

En noviembre abro el largadero "Del Moro" (poniendo "la trampa"). El río ya estaba vacío. Se desmontaron las compuertas de la casa.

A finales de mes el estero de la casa está ya casi vacío. Ha quedado pescado en el chiquero, que habrá que coger dentro. Se confirma que se despescará el lunes 18/11/91. El domingo 17, el estero ya estaba "en caja".

El día acordado se despesca por una cuadrilla mandada por un profesional de San Fernando, empezando por el chiquero que hubo de hacerse en las dos patas y luego "el hoyo" del estero.

Ese mismo día se desmontan los largadero, y la compuerta del primer estero de arriba, cerrándose el chiquero, aunque se observa que hay poco pescado. En el chiquero del segundo no ha quedado nada.

Entre 19 y 28 de Noviembre de 1991 se desagua el estero de arriba. No hubo necesidad de poner marco, pues se hizo por los largaderos y compuertas, sin que se acercara ningún pescado. Se observa ya definitivamente que no merece la pena despescarlo.

A finales de Noviembre se cierran los cargaderos y se abre totalmente las compuertas para que entre de nuevo el agua del río y se comunica al Administrador de la propiedad que tu bisabuelo deja el cuidado de los esteros.

En fin, mi querido nieto, esta el la "batallita" que te quería endosar, y que, más bien, parece una Batalla y que he tratado de resumir lo más posible, pues si te contara todos los detalles y aclaraciones que debería, este Funcionario del estado, Jubilado y Técnico Salinero por un año, se saldría de las bases del Certamen. Que te sea leve o que te haya gustado y tu padre esté satisfecho con lo que me pidió, es lo que desea tu abuelo Paco.

MI ABUEL@ Y YO

David Peña Pérez

Con "H" de hogar

Primer premio

Ángela Gamboa Rodríguez

Carta al cielo

Segundo premio

Celia Gamboa Rodríguez

Un sueño

Tercer premio

Carmen Colomina Molina

Mi abuel@ y yo

Cuarto premio

David Peña Pérez
CON "H" DE HOGAR

Sólo tengo cinco años más de los que tenía cuando mi madre y yo nos fuimos a vivir con mi abuelo a su casa. Tenía nueve años; tengo catorce. No sé si fue algo más que un traslado de una casa a otra; una mudanza de objetos, enseres, pertenencias, sentimientos, recuerdos, una prolongación de un paraíso y una felicidad disfrutada que se extendía y agrandaba con la presencia de todo lo que atañía a mis abuelos. Son cinco años de experiencias y vivencias que me hacen ver e interpretar los sucesos acaecidos en el azaroso acontecer de nuestras vidas de manera distinta, no ya a través del prisma de las inocentes y diáfanas pupilas de la niñez, sino desde las tres dimensiones de mi adolescencia.

Aquel día tenía que convertirme en un buen jugador de tetris para conseguir que en ese exiguo espacio entraran el máximo número de mis pertenencias. En aquella caja de cartón había de guardar todos los juguetes que quería conservar para llevármelos a casa de mis abuelos.

- Dudu, guarda en esta caja los juguetes que quieras llevarte a casa del abuelo y en esta otra los que quieras donar para los niños que no tienen ninguno –dijo mi madre mientras distribuía en otras cajas ropas, libros, cuadros, recuerdos....

Muchas veces mi madre me tenía que decir más de una vez que recogiera los juguetes del suelo, que preparara la ropa para el baño, que dejara la tele. A veces me recuerda aún algunas de mis obligaciones. Pero aquella vez, a la primera, sin que ella tuviera que repetir ni tan siquiera una vez más lo que me había pedido, cogí las cajas que para aquellos fines había destinado y realicé mi deber.

- ¿Cuándo nos vamos a casa del abuelo, mamá? Tengo ya guardados los juguetes en las dos cajas.

- Cuando acabe de arreglar unas cositas que tengo aún pendientes de hacer, nene.

Cuando mi madre me dijo que teníamos que irnos a vivir a la casa de mis abuelos, sentí tanta alegría que ni siquiera le pregunté el porqué. Tras la muerte de mi abuela, había oído más de una vez, conversaciones con leves variantes en las que ella le pedía a él que se viniera a nuestra casa a vivir con nosotros.

- Tenemos espacio suficiente para los tres, papá.
- ¡Pero si no es por el espacio, hija! Tú tienes tu piso para ti y para tu hijo, y yo tengo mi sala y mi alcoba... y los recuerdos de tu madre.
- El trabajo...El niño... ¡Y tú en mi casa! Serías una gran ayuda para mí, papá –alegaba mi madre para convencerlo.
- Yo me voy a tu casa las veces que haga falta y los días que tú quieras –se ofrecía mi abuelo para consolar a mi madre- pero dormir, duermo en la mía.

Aquella vez interpreté que, si mi abuelo no cedía ante la petición que mi madre le hacía con respecto a vivir con nosotros en nuestra casa, mamá había decidido que sería ella y yo los que iríamos a casa de mis abuelos a vivir con él. Por aquel entonces ella se quedaba en casa mientras yo estaba en el cole. Me decía que el trabajo que ella hacía en la calle se había acabado, pero que con el que tenía que hacer en nuestra casa tenía suficiente.

No te preocupes, nene. Sí que tengo trabajo.

Pero, ¿quién te paga por el trabajo que haces en casa, mamá? Me decías que trabajabas en la calle para ganar dinero y poder pagar las cosas que necesitamos.

Que no te preocupes, que tenemos dinero en el banco para poder seguir pagando esas cositas- decía mi madre con voz tranquilizadora.

Cuando no quería seguir por esos derroteros, recurría a sus repentinos resfriados y se secaba los ojos de las incipientes lágrimas que provocaban estas conversaciones, creyendo ella que no intuía que esas lágrimas y esos mocos no se debían a sus socorridos resfriados. Cambiaba de tema haciéndome que me

alejara de ella momentáneamente, pidiéndome que fuera al dormitorio a coger la mochila para que hiciera los deberes, aunque no fueran las cinco de la tarde. Me ha encantado siempre hacer la tarea con mi madre al lado. El año que nos fuimos a vivir con mi abuelo yo estaba en cuarto de primaria.

La casa de mis abuelos es bastante distinta a la mía. Son dos habitaciones separadas por un paso cubierto por unas cortinas que, cuenta mi abuelo, había hecho mi abuela antes de que ellos se casaran. Son una sala y una alcoba, según ellos. Se cocina en la sala, hay que asearse en la alcoba y ciertas necesidades fisiológicas se hacen en una letrina comunitaria.

- En el número 7 de la calle Curtidores tiene usted su casa -decía mi abuelo a veces a las gentes con las que hablaba.
- ¿Quién es esa persona, abuelo? -le preguntaba yo cuando volvíamos a encontrarnos a solas.
- Trabajaba en el cortijo conmigo cuando éramos zagales. ¡Hace muchos años que no lo veía!

Otras veces se trataba de algún compañero suyo de la bodega; o del hijo del *aguaó* que iba al campo; o del señor Rodríguez, "a él fue a quien le compré mi seiscientos por mil pesetas de las de antes"; o de la señorita Pili. Está muy mayor la pobre. Fue la matrona que asistió a la abuela el día que nació tu madre, Dudu.

- ¡Qué de gente conoces, abuelo!
- ¡La edad, los años que tengo, nene!

En la alcoba está la cama de matrimonio, dos mesillas de noche con sendas lamparitas, un ropero con dos puertas de madera y otra con espejo exterior, el pueblecito de la palangana, un barreño de cinc y un cubo. Sobre el cabecero de la cama se halla el cuadro con la imagen del Sagrado Corazón. Por la ventana entra la luz del día. Cada vez que entraba en la alcoba jugaba a preguntarle a mi abuelo que vería cómo acertaba el lado de la cama en el que él dormía.

- ¿A que te acierto dónde duermes tú, abuelo?
- A ver si eres capaz -continuaba él con el juego.

- Aquí -echándome de bruces sobre la colcha de la cama.
- Y, ¿cómo lo sabes? -preguntaba él, haciéndose cómplice implícito de mis investigaciones.
- ¡Porque aquí está la escupidera! -exclamaba yo con los ojos muy abiertos señalando hacia debajo de la cama.
- Ven pa'ca, granuja -decía tirando de mis ropas para acercarme a él y poder meter su cara en mi cuello.
- ¡Abuelo, que me pinchas con la barba! -me quejaba yo con una risa estruendosa.

La sala sigue amueblada con una mesa cuadrada a cuyos lados tiene sillas de madera. El asiento de alguna de ellas me había servido muchas veces para tocar el tambor. El aparador tiene el espejo con motitas negras por el paso de los años. A la izquierda del aparador está la alacena y a la derecha, la nevera que le trajeron los Reyes Magos a través de un sobre con una nota que habían dejado en mi casa que decía "Vale por un frigorífico". Frente a la mesilla del televisor se hallaban dos butacas. Siempre que entraba en la sala de mis abuelos me llevaba los cojines de las butacas a mi cara y decía "éste huele al abuelo y éste huele a la abuela". Las risas que provocaba se bañaban con las emergentes lágrimas de los ojos de los mayores.

Y allí nos acomodamos, ahora, los tres como las piezas del tetris. El abuelo insistió en que mi madre y yo dormiríamos en su casa y él ocupó la mía, sobre la que colocó mi madre los cojines de las butacas y ubicó en la sala. De las butacas no tuvimos que desprendernos definitivamente por falta de espacio, sino que las sacamos al techado del patio para tomar el fresco en verano. Durante el día, la cama hacía la función de sofá; por la noche, retira los cojines y vuelve a ser la cama en la que había dormido yo desde siempre. Aunque cogiera el sueño en ella algunas noches, cuando mi madre me despertaba por las mañanas me encontraba en la alcoba en la cama grande. Nunca he visto a mi abuelo acostado durmiendo en su nueva cama. Cuando me levanto por las mañanas para ir al instituto, la cama de mi abuelo ya está hecha y la sala ya ha dejado de ser dormitorio. Por los

muebles que quedaron en mi casa no pregunté hasta pasado cierto tiempo; tal era la felicidad que sentía con nueva la vivencia.

Yo creía que los olores que percibía en casa de mis abuelos, a pestiños, arroz con leche, canela, puchero, eran olores que hacía desprender mi abuela en sus quehaceres, pero descubrí tras su muerte que eran olores impregnados y pertenecientes a estas dos habitaciones. Son sus olores. Cada vez que llegaba a casa de mis abuelos, me ofrecía mi abuela un trozo de bizcocho.

Anda, abre l'alacena y coge un cachito -decía mi abuela guiñándome el ojo, como si no estuviera respetando alguna norma.

De mi casa no echo de menos ningún olor; creo realmente que mi madre sí se los ha traído con ella, que salen de ella. A veces pienso que es maga. Sin embargo, la luz de mi casa se ha quedado allí para siempre. Su luz.

Tras el almuerzo, siempre he ocupado mi tiempo jugando hasta alrededor de las cinco de la tarde, momento en el que empiezo a hacer los deberes. Son hábitos, inculcados por mi madre, cuyos resultados hasta ahora han sido satisfactorios. En casa de mi abuelo –en mi casa- la mesa de la sala en la que comemos es la mesa sobre la que hago las tareas. Mi abuelo y mi madre suelen ocupar el tiempo durante el que las hago leyendo. Creo que deben de ser los lectores que más uso hacen de sus carnés de la biblioteca.

Aquella tarde, hace ya cinco años, llevaríamos mi madre y yo unas dos o tres semanas instalados en casa de mis abuelos. Recuerdo que, tanto mi madre como mi abuelo, me habían preguntado, como habitualmente hacen, qué tal día había tenido en la escuela.

- ¿Seguro que no ha pasado nada? -añadió mi madre que sospechaba que le ocultaba algo.

Insistí en que no había ocurrido nada anormal, al mismo tiempo que recordaba algo que mi madre me había dicho alguna vez y que suelo recordarlo desde que tengo uso de memoria: "Al igual que a Pinocho le crecía la nariz, a los niños que mienten se les nota en la cara y los adultos lo perciben". No le conté la

conversación que les había oído a unas madres, junto a la cancela del colegio, mientras esperaba que llegara para recogerme, sino que almorcé y jugué como todos los días.

Y sobre las cinco de la tarde cogí mi mochila. Siempre he intentado descubrir sin ayuda lo que me inquieta con las herramientas que he tenido a mi alcance: una enciclopedia, un diccionario y, ahora, Internet. Pero aquella tarde, en el momento en que me disponía a hacer mis deberes, antes de empezar con ellos, busqué en el diccionario una palabra que no hallaba. Nunca había imaginado que los ojos azules de mi abuelo se hubieran podido convertir en el mar triste en el que aquella tarde se transformaron. El mar de sus ojos se había desbordado por la tristeza que causó la inocente pregunta que emití aquella tarde.

-¿Cómo se escribe desahucio, mamá?

Ángela Gamboa Rodríguez
CARTA AL CIELO

Hola abuelo:

Te escribo esta carta para darte las gracias y para decirte todo lo que no tuve oportunidad de decirte cuando tú estabas aquí, conmigo.

Quería darte las gracias por cada momento que he pasado a tu lado, por cada instante y por enseñarme a vivir cada momento como si fuera el último.

Tú me has enseñado a VIVIR, así con mayúsculas, y simplemente por haber existido, creo que te mereces más que una carta y más que todos los "te quiero" del mundo como agradecimiento.

"Te quiero", dos palabras, ocho letras, pero un solo sentimiento, un solo mensaje, el cariño.

Se que yo no te he dicho muchas veces eso, pero también se que a ti no te hacía falta que te lo dijera para que tú supieras cuanto te quería y cuanto te quiero. Sin embargo, ahora que soy más mayor y que empiezo a pensar en todos los momentos que tú me has dado, también empiezo a pensar en que debería haberte demostrado más mi cariño, debería de haber estado siempre a tu lado, debería de haber aceptado todos tus consejos sin replicar, pero entonces yo no era consciente de que llegaría un momento en el que ya no estarías ahí y en el que ya no te tendría para recordarme qué cosas son buenas para mí y cuales no.

Pero entonces, ¿qué sentido tendría esta carta?

Soy consciente de que puede que nunca llegues a saber de la existencia de estas palabras que escribo con lágrimas en los ojos y con el corazón en la mano, pero tenía que escribirlas porque si no, nunca sacaría fuera mis sentimientos, cosa que sabes que me cuesta mucho y creo que se me acabarían pudriendo dentro.

Sinceramente, me cuesta mucho hablar de lo que siento. Soy de las personas que prefieren llorar solas un rato y descargar

sus sentimientos contra ellos mismos antes que salir y contarle a alguien qué te pasa.

Hace tiempo estaba pensando en un adjetivo para describirte, algo que en pocas palabras resumiera todo lo que para mi habían significado estos años junto a ti, en la tierra. Se me ocurrió describirte como “vividor compulsivo, enganchando a la vida, querido por muchos y enamorado de otros”.

Me llevó mucho tiempo crear esta frase, porque, aunque se que no te gusta que te halaguen tengo que decirte que cuesta muchísimo resumir en tan pocas palabras la vida de una persona tan grande como tú.

Y para mi, no tengo otra palabra que me defina mejor que orgullosa, orgullosa de haber nacido en tu familia, de llevar tu sangre y simplemente orgullosa de haber podido conocerte y aprender de ti.

Tú me has enseñado a luchar y a no rendirme nunca, a intentar alcanzar mis sueños y a perder con la cabeza bien alta.

Porque, aunque tú perdiste la batalla contra el cáncer, el mandito cáncer, sé que te fuiste de este mundo habiendo aprovechado cada segundo al máximo, habiendo disfrutado de la vida como nadie y habiendo sido el hombre más feliz.

Por eso, me siento orgullosísima de poder decir que yo soy la nieta de D. Francisco Rodríguez Vallejo, Paco y simplemente Paco para los amigos.

Gracias por tanto.

Te quiero, Ángela.

Celia Gamboa Rodríguez
UN SUEÑO

Una vez tuve un sueño. Fue un sueño extraño. Soñé que era una sirena. Estaba tumbada sobre la arena de la playa, en la orilla, y las olas mojaban mis piernas. Sólo que cuando miré ya no tenía piernas, sino una cola con escamas brillantes como las de un pez.

Intenté levantarme pero no podía. Apenas podía moverme. Me sentía como uno de esos delfines varados en la playa que no saben cómo volver al mar. Resignada y sin más remedio que esperar a despertarme, me quedé allí, observando la playa vacía. De pronto, vi acercarse a alguien que caminaba por la orilla. Estaba lejos, así que intenté forzar la vista para descubrir quién era. Pero, al acercarse más, enseguida lo reconocí. Cómo no iba ha hacerlo. Era mi abuelo.

En ese momento fue cuando comprendí que todo aquello era un sueño. Además de porque yo era una sirena, porque mi abuelo había muerto hacía ya un año. Se acercó a mí, sonriente, como siempre. Estaba tal y como yo lo recordada. Con su calva y su pelo canoso por debajo, sus ojos pequeños, sus mofletes rojos y su gran barriga de abuelo. Se agachó junto a mí, sin decir nada, todavía sonriendo y me levantó en brazos. Era bastante más fuerte de lo que yo recordaba, porque mi abuelo no me había levantado en brazos desde que yo era pequeña, pero, como era un sueño, no tendré en cuenta ese detalle.

Mi abuelo empezó a andar conmigo en brazos, seguía sin decir nada. Yo lo miraba fijamente algo extrañada, pues mi abuelo solía ser bastante hablador, sobre todo conmigo. Al cabo de un rato, por fin me atreví a decir algo:

- Abuelo
- Dime, cariño. -Sonreí al escuchar la voz de mi abuelo otra vez
- Te he echado de menos.
- Y yo a ti preciosa. -Volvió a sonreír y se paró. Entonces miré hacia delante y me di cuenta de que, sin saber

exactamente como, habíamos llegado a la casa de mi abuelo.

Me encanta esa casa. Siempre paso allí los veranos desde que era pequeña. La reconocería en cualquier parte y se perfectamente cómo se llega allí, pero de verdad que aún no se como llegamos. Supongo que esto también se debe a que era un sueño. Si, eso lo explicaría todo.

Mi abuelo empujó la puerta suavemente y esta se abrió. Entramos en el jardín de la casa, con las palmeras, los árboles, las flores y la piscina con la sirena de piedra que echaba un chorro de agua. La sirena.

Mi abuelo me dejó sentada en el borde la piscina. Moví mi cola de sirena dentro del agua, haciendo que se formaran pequeñas olas. Mi abuelo rió y se sentó junto a mí, mojándose los pies.

- Oye abuelo
- ¿Qué?
- ¿Qué haces aquí? Quiero decir... -Estaba un poco confusa.
- He venido a verte
- ¿Ah, sí?
- Claro. Quería saber como estabais. Un abuelo se preocupa por sus nietas ¿no?
- Si –sonreía- La verdad es que estamos todos bien, no nos podemos quejar.

Le conté a mi abuelo cómo nos iban las cosas a todos, todo lo que había pasado desde que se fue. Le dije que estábamos todos felices pero que le echábamos muchísimo de menos.

- Yo también os echo de menos. A todos. –Sonrió.
- Y tú, ¿cómo estás abuelo?
- Bien, bien, aunque un poco ocupado.
- ¿Ocupado?
- Si, aunque no lo creas, hay muchas cosas que hacer allí arriba –el abuelo apuntó al cielo con el dedo- Tenemos que cuidar de los de aquí abajo y ayudarles en lo que

podamos. Suerte que hoy he podido escaparme un ratito para hablar contigo.

Sonreí y me quedé mirándolo. Hacía tanto tiempo que lo había visto por última vez y lo echaba tanto de menos. Entonces recordé algo.

- ¿Y la abuela? ¿Está allí contigo?
- Claro, por fin estamos los dos juntos otra vez. Yo la echaba mucho de menos ¿sabes?
- ¿Por qué no ha venido contigo?
- Estaba ocupada. Pero te aseguro que ella también tenía muchas ganas de verte.

Sonreí y miré mi muñeca. Allí estaba. La pulsera de mi abuela, la que mi abuelo me había regalado cuando ella murió. Mi abuelo se dio cuenta de que la miraba y me dijo:

- Veo que sigues llevando la pulsera.
- Pues claro. No me la quito nunca.

Mi abuelo me acarició el pelo y sonrió de nuevo. Seguimos hablando durante un rato, contándonos nuestras cosas, hasta que al final, no pude evitar la pregunta que tenía en la cabeza desde el principio.

- Oye abuelo, ¿por qué soy una sirena?

Mi abuelo empezó a reír a carcajadas, con su risa sonora y cálida, pero cuando se dio cuenta de que lo miraba extrañada, paró y me dijo:

Tú eras una de mis sirenitas, ¿recuerdas? -y señaló en la fachada de la casa el azulejo donde se leía el nombre de ésta "Mis tres sirenas". Y entonces lo comprendí. Así era como mi abuelo llamaba a sus tres nietas: "sus sirenas". Por eso yo era una sirena.

Al comprenderlo, sonreí y miré a mi abuelo, que aún seguía riéndose. Entonces, él miró el reloj que siempre llevaba y puso cara de llegar tarde a algún sitio.

Tengo que irme –me dijo mientras sacaba los pies de la piscina– Se me acaba el tiempo.

Se levantó y caminó hacia la puerta y yo me levanté también y fui tras él, descubriendo, sorprendida, que ya no era una sirena y que volvía a tener piernas.

- No abuelo, no te vayas.
- Tengo que irme cariño, y tú tienes que despertarte.
- Pero yo quiero que te quedes –ya casi había olvidado que todo aquello tan solo era un sueño- Por favor, abuelo.
- Lo siento cariño, pero sabes que no puedo –el abuelo me abrazó y me besó en la frente.
- Adiós, abuelo

Mi abuelo se separó de mí y, de pronto, empezaron a crecerle dos alas muy grandes y muy blancas, como las de un ángel y comenzó a elevarse hacia el cielo. Yo lo miraba desde abajo y veía como subía más y más alto.

- Hasta pronto –susurró desde lo alto, mirándome a los ojos. Y a pesar de lo lejos que estaba ya, yo lo oí muy cerca.

Abrí los ojos y me encontré mirando al techo de mi habitación. “Hasta pronto, abuelo” susurré y sonreí mientras una lágrima rodaba por mi mejilla.

Carmen Colomina Molina

MI ABUEL@ Y YO

Desde siempre se ha dicho que los abuelos son los que se encargan de malcriar a los niños. Son los que les compran chuches y caprichos. Los que les compran regalos cuando van de viaje. Son los que se quedan con ellos cuando sus padres trabajan y no pueden cuidarles.

Mi caso no es nada diferente. En este relato voy a hablar de mis yayos, los padres de mi madre. Desde que me acuerdo, desde siempre, han sido los típicos abuelos. Me compraban chuches y caprichos. Me compraban recuerdos de sus viajes como camisetas e imanes para la nevera y se quedaban conmigo y con mi hermano cuando nuestros padres no estaban. Nos llevaban a la playa en verano cuando nos quedábamos en su casa a dormir. Nos daban chocolate cuando mi madre no miraba y cortaban todo el jamón y el queso que les pidiéramos. Siempre les he querido muchísimo y no solo por todo los caprichos que nos daban, sino porque son personas increíbles, buenas y sinceras. Pero además de todo esto, son personas sencillas y, para mí, los mejores.

MIS YAYOS

Mis yayos, para mí, siempre han sido un gran ejemplo a seguir.

Mi yaya, María del Carmen, una persona sencilla, sincera y buena. Que tiene cariño para todos y que hace la mejor tortilla de patatas del mundo. Es simpática y muy divertida. Me regañaba cuando me metía hacia lo hondo en la playa y yo le asustaba cuando ella nadaba. Mi hermano y yo solíamos darle sustos cuando estaba durmiendo la siesta porque siempre ha sido muy asustona. Me enseñó a coser y a pintar. Tengo muchos mantelitos adornados con punto de cruz y dibujos de pintura que hice de pequeña.

Siempre quise que me enseñara a usar la máquina de coser pero era muy pequeña y no me dejaba. Una vez, la intenté utilizar yo sola y sin querer la rompí. Pero ella no se enfadó porque siempre decía que era una niña pequeña y los niños

pequeños hacen travesuras. Después de eso me enseñó a coser con la máquina de coser y así, yo me quedé tranquila y después de eso no lo he vuelto a pedir. Me compró mi primera muñeca con la que dormía todas las noches, a la que llevaba a todas partes. Mi yaya es maestra por lo que siempre ha estado encantada de ayudarme a estudiar cuando no me salían las cuentas... Siempre la he admirado mucho por ser una persona tan buena y fuerte. Y tiene un corazón tan grande que no le cabe en el pecho. Ella me compró mi primer libro. Era el libro de Tarzán de Disney. Incluso, cuando ni sabía leer ella me lo leía y cuando fui un poco más mayor me compró las poesías de Gloria Fuertes, y a mí me encantaban. Gateando me iba yo a la biblioteca de la casa, cogía mi libro de Tarzán y me ponía a ver los dibujitos y, cuando fui más mayor, lo leía y releía una y otra vez.

Pero no sólo estaba ella con todas sus cosas buenas.

Mi yayo, José Manuel. Un hombre el cual desde pequeña yo estaba convencida de que lo sabía todo. Él, que me enseñó muchas de las cosas que sé. Él, que me enseñó a montar en bici, que me enseñó a multiplicar y dividir incluso antes de que me enseñaran en el colegio, que me enseñó a nadar y a hablar y escribir en inglés...

Él nunca ha sido como todos los típicos abuelos. Él, que es catedrático de historia y sabe muchas cosas y quería que nosotros, mi hermano y yo, las supiéramos tan bien como él. Pero, por supuesto, y como decía él, cada cosa a su debido tiempo.

La mayoría de los abuelos les cuentan a sus nietos antes de acostarse, el cuento de Caperucita Roja y el lobo feroz y el de los Tres Cerditos para que entiendan los baches de la vida. Pero mi yayo nunca ha necesitado cuentos para explicarme nada. Él sabía perfectamente cómo me tenía que explicar las cosas para que lo entendiera y sabía que, fuera como fuese la manera con la que me lo explicara, lo entendería. Como he dicho antes, él nunca ha sido como los otros abuelos. Le gusta mucho el libro de Don Quijote de la Mancha. Tiene casi diez ejemplares, uno que es en cómic, otro que se lo regaló su padre, y otros que se compró él. A

mí, por mi comunión, me regaló unos volúmenes que eran de cómic, muy cortitos pero con ilustraciones divertidas y sencillas para una niña de esa edad. Yo me sentaba en el brazo de su butaca y, sin ni siquiera tener que abrir el libro, me recitaba mis partes preferidas de Don Quijote de la Mancha. Tantas veces me lo recitó que ya me lo terminé de aprender y con siete u ocho añitos, era yo quien se lo recitaba a él.

Recuerdo que mi parte preferida, y que ya no se me olvidará nunca, es la de los molinos de viento. Mi yayo me la contaba una y otra vez, todas las que se lo pidiera, como don Quijote vio los molinos y pensó que eran gigantes y se lanza contra ellos en nombre de su amada Dulcinea, y como el pobre escudero Sancho Panza intentaba parar a su señor mas no lo conseguía. Pero antes de eso siempre me recitaba el principio de esa novela de aventuras que a él tanto le gustaba y que nos transmitió a mí y a mi hermano: "en un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho que vivía un hidalgo de los de lanza y astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor..."

LA CASA

Su casa, para mi hermano y para mí, siempre ha sido un refugio al que acudir. en el que sabíamos que encontraríamos muchas de las cosas que nos gustan y el cariño de nuestros yayos. Solíamos ir a la biblioteca a jugar con el tocadiscos y una bicicleta estática rota que usábamos para ver quién podía mover las piernas más rápido.

Nos metíamos en la habitación que era de mi madre y nos poníamos a leer los Súper Humos que tienen allí o a contar cuantos libros de Historia del Arte tiene mi yayo. Por ahora hemos contado doce, pero él asegura que hay más, por lo que eso sigue siendo y será un reto para nosotros. Mis yayos viven en un piso en La Línea. En la urbanización hay un patio con columpios y un campo de fútbol pequeñito. Mi hermano y yo cogíamos la pelota de fútbol del Madrid, bajábamos al campo de fútbol y nos poníamos a jugar.

Normalmente yo era portera porque era lo que mejor se me daba. Jugábamos con mis primos, cuya tata vive allí también, y que venían a vernos de vez en cuando. También jugábamos al pilla pilla siempre alrededor del patio o a ver quién saltaba desde más alto de los columpios. De esa casa tengo muy buenos y divertidos recuerdos (que en realidad me parecen divertidos ahora que soy más mayor). Allí, tuve un gran berrinche porque no quería que me quitaran las ruedecitas de la bici y, en esa misma urbanización, ese mismo día, aprendí a montar en bici sin las ruedecitas. Allí aprendí a andar y a leer.... De esa casa tengo muchos recuerdos muy bonitos porque es la casa de mis yayos y es donde he ido casi todas las semanas desde que me acuerdo y donde me quedaba en verano y muchas veces me sigo quedando a dormir en la cama de mi tío Nacho que es tan cómoda y me gusta tanto.

LA PLAYA

Una de las cosas más típicas de estar en La Línea, es ir en verano a la playa de levante. Me encanta esa playa. Mi yayo nos cogía a mi hermano y a mí y nos íbamos al agua a nadar y después nos poníamos sendas gorras y nos hacíamos agujeros en la arena. Hacíamos uno muy, muy hondo y un poco ancho, lo justo como para que mi hermano y yo entráramos en él hasta la mitad del muslo y entonces le echábamos arena al agujero tapándolo y había que echarse hacia delante y hacia atrás y nunca nos caíamos. También nos enseñó a buscar lombrices y coquinas en el suelo.

A mí me encantaba buscar coquinas por la orilla porque había que remover la arena y coger un puñado y buscar las coquinas y yo competía con mi hermano a ver quién encontraba la coquina más grande. Pero después se ponían a buscar lombrices y cuando encontraban alguna yo me ponía a correr y a gritar porque mi hermano me perseguía con la lombriz en la mano. Cuando ya llevábamos un buen rato en la playa nos íbamos a dar un paseo hasta la otra punta de la playa y nos poníamos a buscar nácares que después guardábamos en un tarro de agua con sal que habíamos puesto en la terraza, especialmente para los

nácares que encontráramos. Todavía conservo la mayor parte de esos nácares que lavamos y barnizamos para dejarlos bonitos y que ahora están en las macetas de mi casa. Nos bañábamos cuando llegábamos y nos íbamos a lo hondo, lo cual ponía de los nervios a mi yaya. Estábamos en la playa hasta que se ponía el sol y entonces recogíamos las cosas y nos íbamos a casa.

EL PARQUE

Cuando salíamos de paseo por La Línea, había un lugar al que íbamos siempre y sin falta. El parque del Ayuntamiento. Allí hay columpios y toboganes y mi hermano y yo nos lo pasábamos en grande jugando allí. O bien jugábamos al pillla pillla con otros niños o solos o jugábamos a hacer recorridos subiendo y bajando de los juegos. A mí siempre me ha gustado más el que tiene forma de jungla porque es más grande y los toboganes son más largos.

Nos podíamos pasar el día entero jugando en ese parque. Tan solo parábamos un poco a beber agua de la fuente o a descansar un poco en los columpios. Además, hay un quiosco al lado del parque y mi yaya siempre nos compraba alguna chuchería o un helado.

FINAL

Me gustaría dar las gracias a esas dos personas tan maravillosas de las que os he hablado en este relato por todo lo bueno que han hecho por mí. Por todo el cariño que siempre me han dado y por estar siempre ahí.

GRACIAS.



En El Bosque. Parte de las personas premiadas con sus familias



Diputación
de Cádiz

DESARROLLO
Y BIENESTAR SOCIAL

TUGASA
Hoteles y Casas Rurales